

LOS SECRETOS DE LA ATLANTIDA

Andrew Thomas

Título original: THE TREASURE OF THE SPHINX
© Robert Laffont, 1969
Primera Edición © 1971 Plaza & Janes

INDICE

EL DESTINO DE LA ATLANTIDA

EL ÉXODO

COLONIAS ANTEDILUVIANAS

CUANDO LOS DIOSES VIVÍAN ENTRE LOS HOMBRES

LOS VESTIGIOS DE UNA RAZA MISTERIOSA

EL LEGADO DE LA CIENCIA PRIMITIVA

CAVERNAS DE TESOROS ANTERIORES AL DILUVIO

TODO SUCEDIÓ YA EN OTRO TIEMPO

DE LA LEYENDA AL DESCUBRIMIENTO

AUTORIDADES, ANÉCDOTAS, ATLÁNTIDA

EPÍLOGO

PREFACIO

A Nicolás Roerich (1874-1947), pintor, explorador y filósofo, a quien debemos estos versos dedicados a una raza olvidada:

*Nosotros no sabemos. Pero ellas, sí,
Las piedras lo saben,
y lo recuerdan.
Unas máquinas surcaban tos aires^
Un fuego liquido apareció,
y derramó su luz,
la chispa de la vida y de la muerte.
Masas de piedras surgieron
por la fuerza del espíritu.
Celaban las escrituras sus sabios secretos\$
y ahora todo nos es revelado.*

PREFACIO

Las páginas que siguen están escritas a lo largo de esa huidiza frontera que separa la ciencia de la fantasía. Heinrich Schliemann paseaba, con la Iliada de Homero en la mano, cuando encontró la legendaria Troya. El profesor Hermann Oberth me confesó que la lectura de De la Tierra a la Luna, de Julio Verne, le indujo a convertir una novela en fórmulas de cohetes. La ficción de hoy será la realidad de mañana.

Esta obra se propone atraer la atención de los medios científicos y del gran público sobre uno de los grandes misterios de este mundo. ¿Dejó la Atlántida depósitos de oro y otros tesoros enterrados bajo las Pirámides y la Esfinge, como pretende una antigua tradición? Con motivo de la Exposición Internacional de 1964, se enterró en Nueva York una cápsula conteniendo 44 objetos, testigos de nuestra época. Nuestros predecesores históricos pudieron haber actuado del mismo modo, legando a las edades futuras objetos y manuscritos de inapreciable valor.

En 1967, la República Árabe Unida y los Estados Unidos acometieron conjuntamente el «Proyecto de las Pirámides», cuyo objeto es someter estos edificios a las radiaciones cósmicas, a fin de determinar la existencia y la situación exacta de criptas secretas. Las exploraciones en profundidad realizadas en Gizeh podrían culminar en un gran descubrimiento arqueológico. En nuestra época, en que la ciencia realiza progresos sin parangón en el pasado, parece llegado el momento de explorar ciertos terrenos desconocidos a fin de anticipar y estimular nuevos descubrimientos.

En sus investigaciones, el autor no ha dejado de inspirarse en el precepto de Galileo: «Libremente interrogar y libremente responder.»

EL DESTINO DE LA ATLANTIDA *EL MAR Y EL VOLCÁN DESATAN SU FUROR CONTRA LA TIERRA*

«En un instante, el cielo se volvió completamente negro, y, al instante siguiente, lo vi convertido en un ascua de fuego. La oscuridad y su rápida transformación sobrepasaban todo lo imaginable; si insistiera sobre ello, no se me creería.» Así escribía un testigo de la erupción del Krakatoa en 1833 (1) *

* Véase la bibliografía al final del libro.

La isla de Krakatoa, situada entre Sumatra y Java, fue literalmente levantada, provocando un desgarramiento del suelo submarino. Una ola de más de treinta metros de altura proyectó grandes buques y pequeñas embarcaciones sobre las costas ribereñas. El fragor de la erupción se oyó hasta en Australia, y la atmósfera sufrió perturbaciones en toda la extensión del globo terrestre. «La caída cegadora de piedras y arena, la intensa oscuridad, sólo interrumpida por el incesante fulgor de los relámpagos, el constante y sordo rugido del volcán, producían en nosotros una impresión aterradora», cuenta este marino, que asistía al desastre.

Una noche de febrero de 1966, me encontraba yo a bordo de un paquebote que atravesaba el estrecho de la Sonda; el extraño resplandor del Krakatoa proyectaba rojos fulgores sobre el mar y las nubes. En aquel momento me acordé del furor del fuego volcánico y de la marea ascendente del cataclismo del Krakatoa. Pero, con el tiempo, se va esfumando el recuerdo de esta perturbación geológica; sólo los relatos populares evocarán un incidente dramático que se produjo en un pasado lejano. Tal vez sea exactamente esto lo que ha ocurrido con la legendaria Atlántida.

¿Representan en verdad los continentes una morada permanente para las naciones actuales? ¿No abandonarán jamás su lecho los océanos? A esta pregunta sólo podría darse una respuesta negativa, con el apoyo de una larga lista de documentos.

Aunque la Historia, tal como la conocemos, sea demasiado corta para que se pueda hablar de ella en términos de épocas geológicas, nos ha transmitido, no obstante, el recuerdo de importantes cambios geográficos operados en el pasado.

La ciudad etrusca de Spina, mencionada por Plinio *el Viejo* y por Estrabón como un importante centro del comercio y la civilización, se halla en la actualidad completamente sumergida bajo las olas del Adriático. Dioscurias, la ciudad cercana a Sukumi, que fue visitada por los legendarios argonautas en su travesía del mar Negro, yace hoy bajo las aguas. Fanagorias, importante puerto del mar Negro en la época helénica, está sumergido en el golfo de Tamán.

No se trata solamente de ciudades, sino también de inmensas extensiones de terrenos que desaparecen constantemente en las profundidades de los océanos, y los movimientos tectónicos prosiguen sin cesar en toda la superficie de la Tierra. Si tomamos en consideración estos hechos, la desaparición de la Atlántida bajo las aguas debería parecerse perfectamente verídica. La tierra se hunde en el mar y emerge de él en un tiempo relativamente muy breve. La simple enumeración de estos cambios geológicos y geográficos que se han producido por doquier en el Globo pone de manifiesto fenómenos sorprendentes. El templo de Júpiter-Serapis fue construido en la bahía de Nápoles el año 105 a. de JC. Tras haber ido hundiéndose gradualmente en el Mediterráneo, emergió de nuevo, en 1742, de las profundidades del mar. En la actualidad, se está hundiendo otra vez.

La fortaleza de Caravan-Sarai fue construida en 1135 en un islote del mar Caspio. En el transcurso de las generaciones, desapareció lentamente bajo las aguas. Las referencias a este

fortín que figuran en las antiguas crónicas fueron consideradas, en definitiva, como pura fábula. Pero, en 1723, el islote se elevó por encima del nivel del mar y es perfectamente visible en la actualidad.

En Jamaica, Port-Royal, que durante mucho tiempo sirvió de albergue a los piratas, fue intensamente estremecido en 1692 por un temblor de tierra, quedando parcialmente cubierto por las aguas-Durante el terremoto de Lisboa de 1755, la altura de las olas alcanzó los diez metros. La mayor parte de la ciudad quedó destruida; sesenta mil de sus habitantes perecieron. La isla de Faucon o de Jacques-dans-la-Boite fue descubierta en el Pacífico meridional por Morell, un explorador español. En 1892, el Gobierno de Tonga hizo plantar en ella dos mil cocoteros, pero dos años más tarde la isla entera desapareció en el océano. En la actualidad, comienza a elevarse de nuevo.

Un violento terremoto sacudió en 1819 el delta del Indo (Sind). Un vasto territorio quedó inundado, y sólo los edificios más altos se mantuvieron por encima de las aguas. Entre 1822 y 1853, tras importantes movimientos sísmicos, la costa de Chile se elevó nueve metros.

En la segunda mitad del siglo xix, la isla Tuanaki, en el archipiélago de las Cook, se sumergió con sus trece mil habitantes, en el océano Pacífico. Varios pescadores habían salido de la isla por la mañana a bordo de sus embarcaciones; cuando regresaron, al atardecer, la isla había desaparecido.

En 1957, se vio surgir una isla humeante de las profundidades del Atlántico, no lejos de las Azores. En este mismo archipiélago de las Azores, un terremoto asoló, siete años más tarde, la isla de San Jorge; la catástrofe adquirió tales proporciones que quince mil habitantes se vieron obligados a abandonar la isla.

El volcán de Tristán da Cunha, considerado como extinguido, hizo erupción en 1961 en el Atlántico meridional, lo que dio lugar a la evacuación a Inglaterra de toda su población. Y no son solamente islas o costas lo que se hunde o emerge, sino continentes enteros. Así, Francia se hunde treinta centímetros cada siglo. El terreno existente entre el Ganges y el Himalaya asciende 18 milímetros al año; se supone que, desde la época de Cristóbal Colón, los Andes, en América del Sur, se han elevado un centenar de metros. El fondo del océano Pacífico asciende hacia la superficie en la región de las islas Aleutianas. Según el padre Lynch, de la Universidad de Fordham, en Nueva York, un nuevo continente se halla próximo a surgir en la superficie del océano Atlántico. ¿No sería esto la reaparición de la legendaria Atlántida?

La importancia de los cambios geológicos operados en las profundidades de los océanos fue puesta de manifiesto por los técnicos de la Western Telegraph embarcados en 1923 a la búsqueda de un cable en las aguas del Atlántico. Descubrieron que el cable, en sólo veinticinco años, había sido proyectado, por el ascenso del fondo oceánico, a una altura de 3.620 metros. Si se lograra desecar el océano Atlántico, podría verse en el fondo una larga cadena de montañas, desde Islandia al Antártico. Al sur de las Azores se encuentra una protuberancia denominada Atlántida: representa los despojos mortales de la Atlántida legendaria.

El profesor Ewing, de la Universidad de Columbia, procedió en 1949 a la exploración de la cordillera que se eleva en medio del Atlántico. A una profundidad entre los 3.000 y los 5.500 metros, descubrió arena costera prehistórica. Se encontró ante un gran enigma, pues la arena, producto de la erosión, no existe en el fondo del mar.

La única conclusión que podía extraerse de este descubrimiento era la siguiente: el terreno se había hundido en el fondo del Atlántico, a menos que las aguas del océano se hubieran

encontrado, en una época ya finalizada, a un nivel inferior. Si se aceptase esta última hipótesis, cabría preguntarse qué había sido de toda el agua suplementaria.

Numerosos valles submarinos del Atlántico no son sino continuaciones de ríos existentes: quiere esto decir que, en ciertos lugares, el actual fondo del mar era en otro tiempo tierra firme. En 1898, un barco cablero francés tropezó, a una profundidad de 3.160 metros, con un trozo de lava vítrea, taquilita, que solamente se forma por encima del nivel del mar. Sería necesario, por tanto, concluir que en este lugar se produjo una erupción volcánica, en una época en que en lugar del océano se encontraba allí tierra firme.

Los Andes debieron de elevarse súbitamente en una época relativamente reciente en la que ya se podía navegar sobre los mares; si se rechaza esta hipótesis, resulta totalmente inexplicable la existencia de un puerto marítimo en el lago Titicaca, a una altitud de 3.800 metros y a 322 kilómetros de distancia del Pacífico. Las argollas destinadas a sujetar las cuerdas al muelle eran tan grandes que sólo habrían podido utilizarlas los navíos que cruzaban los océanos. En este extraño puerto de los Andes se encuentran todavía rastros de conchas y de algas marinas. Se ven en él numerosas playas sobrealzadas, y el agua de la parte meridional del lago es, en la actualidad, todavía salada.

No menos misterioso es el puerto megalítico de Ponapé, en las Carolinas. Nan-Matal es una verdadera Venecia, surgida en medio del Océano. Los indígenas no pretenden que sus antepasados hubieran podido construir este puerto. Pero hablan de los reyes-soles que reinaban en la isla y despachaban navíos a lejanos países. ¿Qué era ese Nan-Matal? Quizá una vasta isla, cuya mayor parte fue engullida por las aguas en la época en que surgió el puerto del lago Titicaca,

Los indios quechuas afirman que los cereales comenzaron a cultivarse en las proximidades del lago Titicaca; pero en nuestros días el maíz no crece ya a esa elevada altitud. Todo esto nos permite suponer que, en su tiempo, la costa occidental de América del Sur tenía un nivel más elevado. El hundimiento de la Atlántida podría haber provocado la elevación de los Andes. El explorador mexicano José García Payón ha encontrado en la cordillera dos cabañas recubiertas de una espesa capa de hielo. Restos de conchas indicaban la presencia, en aquel lugar, de una playa marítima en la que se construyeron esas viviendas. En la actualidad, su emplazamiento se halla a 6.300 metros encima del nivel del mar.

NEITH DE SAIS NOS HABLA

Si volvemos la mirada hacia la literatura, la mitología y el folklore de la Antigüedad, la Atlántida se nos aparece al punto como una posibilidad histórica.

Timeo y *Critias*, de Platón, contienen una crónica de la Atlántida. Se la atribuye a Solón, legislador de la antigua Hé-lade, que viajó a Egipto hacia el 560 a. de JC.

La asamblea de los sacerdotes de la diosa Neith de Sais, protectora de las ciencias, reveló a Solón que sus archivos se remontaban a millares de años y que se hablaba en ellos de un continente situado más allá de las Columnas de Hércules y engullido por las aguas hacia el 9560 a. de JC.

Platón no comete el error de confundir la Atlántida con América; dice claramente que existía otro continente al oeste de la Atlántida. Habla de un océano que se extiende más allá del estrecho de Gibraltar y dice que el Mediterráneo «no es más que un puerto». En este océano —el Atlántico—, sitúa una isla-continente más extensa que Libia y Asia Menor reunidas.

Cuenta que en el centro del Atlántico existía una fértil llanura protegida de los vientos septentrionales por altas montañas. El clima era subtropical, y sus habitantes podían recoger dos cosechas al año. El país era rico en minerales, metales y productos agrícolas.

En la Atlántida, florecían la industria, los oficios y las ciencias. El país se enorgullecía de sus numerosos puertos, canales y astilleros. Al mencionar sus relaciones comerciales con el mundo exterior. Platón sugiere el empleo de barcos capaces de atravesar el Océano.

Los habitantes de la Atlántida construían sus edificios con piedras rojas, blancas y negras. El templo de Cleito y de Poseidón estaba decorado con ornamentos de oro; los muros eran de plata; una muralla de oro lo rodeaba. Allí es donde los diez reyes de la Atlántida celebraron sus reuniones.

Según los datos de Platón, 1.210.000 hombres estaban alistados en el ejército y en la marina. Partiendo de esta cifra, había que admitir que la población entera se elevaba a un buen número de millones. Durante el último período de la historia de la Atlántida de que habla Platón, la nación se hallaba gobernada por los descendientes reales de Poseidón. Poco antes de su desaparición, el Imperio atlante se lanzó por los caminos del imperialismo, con la intención de extender sus colonias al Mediterráneo.

A juzgar por el relato de Platón, parecería, no obstante, que en una época anterior los atlantes se mostraban sabios y afables. Según él, «despreciaban todo, a excepción de la virtud». No daban gran importancia a «la posesión del oro y de otras propiedades, que les parecían una carga; no estaban intoxicados por el lujo, y la riqueza no les hacía perder el sentido». Los hombres de la Atlántida ponían la camaradería y la amistad por encima de los bienes terrestres. Teniendo en cuenta este desprecio a la propiedad privada y esta sociabilidad, ¿es lícito suponer que los atlantes aplicaban ya, en aquellos extinguidos tiempos, un sistema de socialismo? Si es así, ello explicaría la existencia de una economía sin dinero en el país de los incas, puesto que, según todos los indicios, el Perú era una porción del Estado atlante.

Según las *Geórgicas*, de Virgilio, y las *Elegías*, de Tibulo, la tierra era en la Antigüedad propiedad común. El recuerdo de una democracia que habría existido antaño en la antigua Grecia y en la antigua Roma se perpetuó en las fiestas de las saturnales, en las que amos y esclavos bebían y danzaban juntos durante un día entero. En su *Engidu*, de cinco mil años de antigüedad, y en su poema de *Uttu*, los sumerios se lamentan de la desaparición de una estructura social en la que «no había mentira, ni enfermedad, ni vejez».

Platón evoca la decadencia moral de los atlantes, que se produjo cuando ganaron terreno la avaricia y el egoísmo. Fue entonces cuando Zeus, «viendo que una raza memorable había caído en un triste estado» y que «se alzaba contra toda Europa y Asia», resolvió infligirle un castigo terrible. Según el filósofo griego, «los hombres animados de un espíritu guerrero se hundieron en la tierra, y la isla de la Atlántida desapareció del mismo modo, engullida por las aguas». Previendo la actitud escéptica de sus futuros lectores, Platón afirma que su historia «aun pareciendo extraña, es perfectamente verídica». En nuestros días, su relato se ve cada vez más firmemente confirmado por los datos de la Ciencia.

La exploración del lecho del Atlántico nos revela la existencia de una cresta que se extiende de Norte a Sur en medio del Océano. Las Azores podrían ser los picos de esas montañas sumergidas que, según el relato de Platón, protegían la llanura central de los vientos fríos del Norte. Cuando *Critias* nos habla de las casas atlantes construidas con piedras negras, blancas y rojas, su indicación está confirmada por el descubrimiento de terrenos calcáreos blancos y rocas volcánicas negras y rojas en las Azores, últimos restos de la Atlántida.

LA ATLÁNTIDA Y LA CIENCIA

Las nociones adquiridas por la ciencia actual nos confirman la posibilidad de una existencia anterior, en medio del Atlántico, de un centro de elevada civilización. V. A. Obruchev, miembro de la Academia de Ciencias de la URSS, sustenta desde hace tiempo la opinión de que la Atlántida «no era ni imposible ni aceptable desde el punto de vista de la geología (2)». De hecho, ha tenido el valor de afirmar, además, que la práctica de sondeos en la zona septentrional del océano Atlántico «podría revelar, bajo las aguas, ruinas de edificios y otros restos de una antigua civilización (3)».

El profesor N. Lednev, físico y matemático moscovita, ha llegado, tras veinte años de investigaciones, a la conclusión de que la fabulosa Atlántida no puede ser considerada como un simple mito. Según él, documentos históricos y monumentos culturales de la Antigüedad nos demuestran que la Atlántida «era una inmensa isla de centenares de kilómetros de extensión, situada al oeste de Gibraltar (4)». Otro representante de la ciencia soviética, Catalina Hagemester, escribía, en 1955, que, habiendo llegado hace diez o doce mil años las aguas del Gulf Stream al océano Ártico, la Atlántida debió de haber sido la barrera que desvió la corriente hacia el Sur. «La Atlántida explica la aparición del período glacial. La Atlántida era también la razón de su fin», afirmaba.

Groenlandia está cubierta por una capa de hielo de unos 1.600 metros de espesor que no se funde jamás. Y, sin embargo, Noruega, que se halla situada en la misma latitud, posee en verano una rica vegetación.

El Gulf Stream calienta a Escandinavia y al resto de Europa, y a esta corriente cálida se la designa, con justicia, la «calefacción central» de nuestro continente.

Realizando sondeos en el lecho del Atlántico ecuatorial, el buque sueco *Albatross* descubrió, a más de 3.219 metros de profundidad, rastros de plantas de agua dulce. El profesor Hans Petterson, jefe de la expedición, expuso la opinión de que una isla había sido engullida en aquel lugar (5).

Los foraminíferos son minúsculos animales marinos testáceos, o recubiertos por una concha. Existen dos géneros principales de ellos, los *Globorotalia menardii* y los *Globorotalia truncatulinoides*.

El primero se caracteriza por una envoltura de concha que gira en espiral hacia la derecha; habita en aguas cálidas. La concha del segundo gira hacia la derecha, y puede existir también en las aguas frías del océano. Estos dos géneros de animales marítimos pueden servir, así, como indicadores de clima cálido o frío.

El tipo cálido no aparece en ningún lugar por encima de una línea que se extiende desde las Azores a las Canarias. El foraminífero de agua fría se halla en el cuadrilátero nororiental del Atlántico.

La zona media del Atlántico, desde el África occidental a la América central, está poblada abundantemente por el tipo cálido de los *globorotalia menardii*. No obstante, el tipo frío hace su reaparición en el Atlántico ecuatorial. Parece como si la especie de foraminíferos de agua templada hubiera penetrado a través de una barrera en dirección al Este. ¿No era la Atlántida esta barrera?

Los trabajos científicos emprendidos en los Estados Unidos por el Observatorio Geológico Lamont han permitido la realización de un importante descubrimiento basado en la distribución

de foraminíferos: hace una decena de millares de años se produjo en el Atlántico un súbito calentamiento de las aguas en la superficie oceánica. Lo que es más, la transformación del tipo «frío» de foraminíferos en tipo «caliente» no duró más de un centenar de años. No podría, pues, soslayarse la conclusión de que hacia el año 8000 a. de JC. se produjo en el océano Atlántico un cierto cambio catastrófico del clima.

En el curso de un sondeo submarino efectuado en 1949 por la Sociedad Geológica de América, se extrajo del lecho del Atlántico, al sur de las Azores, una tonelada de discos de piedra caliza. Su diámetro medio era de 15 centímetros, y su grosor de 3,75 centímetros. Estos discos poseían en su centro una extraña cavidad; eran relativamente lisos por fuera, pero sus cavidades presentaban un aspecto rugoso. Estos «bizcochos de mar», difíciles de identificar, no parecían ser de formación natural. Según el Observatorio Geológico Lamont (Universidad de Columbia), «el estado de litificación de la piedra caliza permite suponer que pudo litificarse en condiciones subaéreas en una isla situada en medio del mar hace doce mil años (6)».

Si queremos fijar la fecha de la desaparición de la Atlántida, no debemos olvidar que la edad de la garganta del Niágara, de la desembocadura del río en la cascada actual, se remonta a 12.500 años. Es también un hecho conocido que la elevación de la cordillera alpina hasta una altura de 5.700 metros se produjo hace unos diez mil años.

El empleo de carbono radiactivo para determinar las fechas de diversos materiales ha producido resultados muy significativos. En otro tiempo, existió en las Bermudas un extenso bosque de cedros que se encuentra en la actualidad bajo las aguas. Las pruebas realizadas con carbono 14 nos revelan que el bosque desapareció de la superficie hace unos once mil años. Se ha podido comprobar que un montón de barro del lago Knockacran, en Irlanda, perteneciente a la última capa de hielo, tenía una edad de 11.787 años. Un bosque de abetos próximo a Two Creeks, en Wisconsin, fue destruido por el avance de los glaciares hace unos once mil años. También hace unos 10.800 años que bloques movedizos de hielo arrancaron grupos de abedules existentes en el norte de Alemania.

La determinación por el carbono radiactivo de la edad de la civilización de Jericó nos da la fecha de 6800 a. de JC. Se han encontrado en este lugar reproducciones artísticas en yeso de cráneos de hombres de un tipo egipcio bastante refinado que vivían allí hace ocho mil años. De todas estas fechas se desprende que hace once o doce mil años se produjo una penetración menor de capas glaciares. Tras este último avance de los glaciares provenientes del Polo, el clima volvió a calentarse. Hacia el año 8000 a. de JC, en la Era llamada mesolítica, la capa de hielo se retiró y se abrieron nuevas tierras para los hombres, los animales y las plantas.

A modo de recapitulación, puede decirse que los climas adquirieron sus rasgos característicos actuales entre el año 10000 y el 8000 a. de JC. Europa y América del Norte pudieron gozar de una atmósfera considerablemente más templada que en el pasado. La teoría de la Atlántida, según la cual el continente desaparecido habría impedido el acceso del cálido Gulf Stream hacia el Norte, trataría de explicar este cambio de clima.

Pero, al contrario de lo sucedido en Europa, grandes extensiones de Asia iban a sufrir cambios climáticos en un sentido opuesto.

En 1958, el arqueólogo ruso V. A. Ranov descubrió varias pinturas murales en las grutas del Pamir, a una altitud de 4.200 metros; representan una obra de arte prehistórico, situada en uno de los lugares más elevados del mundo. Estos dibujos de la gruta Chajta, realizados con una pintura mineral roja, representan un oso, un jabalí y un avestruz, tres animales ninguno de los cuales podría sobrevivir en la actualidad en la temperatura ártica del Pamir.

Una clave para resolver el enigma de la edad de estas pinturas ha sido encontrada en Markansu, donde sus habitantes prehistóricos dejaron herramientas y cenizas. Estas últimas provienen de abedules y cedros que ya no crecen en esa región: el carbono 14 permite datarlas en 9.500 años. Este súbito descenso de la temperatura en el Pamir podría deberse a una rápida elevación de la corteza terrestre subsiguiente a una perturbación geológica.

En las cercanías del lago Sevan, en las montañas de la Armenia soviética, se ha encontrado un cráneo de reno. La presencia de este animal de las llanuras en las montañas del Cáucaso meridional constituye un absoluto misterio. ¿Se produjo en otro tiempo un cataclismo geológico de proporciones tales que transformó una llanura en un país montañoso? La mayor parte de los sabios rehusarían, probablemente, admitir esta hipótesis; la edad del cráneo ha sido, sin embargo, calculada en doce mil años, cifra que coincide con la fecha tradicional de la desaparición de la Atlántica bajo las aguas.

Cuando se procedió a una prueba con carbono 14 sobre la osamenta de un mamut encontrada en la zona septentrional de Siberia, el resultado obtenido fue de doce mil años. Millares de estos animales debieron de sufrir una muerte súbita en aquella época, lo que se infiere con toda evidencia del hecho de que varios de ellos fueron hallados en pie y con hierba en la boca y en el estómago.

Por otra parte, cabe hacer notar que el mamut no era un animal polar. Salvo por su largo pelaje, la estructura y el grosor de su piel se asemejan a los del elefante de las Indias tropicales. La piel de estos animales helados está llena de corpúsculos de sangre roja; ello prueba que murieron asfixiados por el agua o por los gases.

El marfil obtenido de los colmillos de los mamuts ha constituido durante siglos un objeto de comercio. Según Richard Lydekker, durante las últimas décadas del pasado siglo fueron vendidos irnos veinte mil pares de colmillos en perfecto estado. Ello nos da una idea aproximada del gran número de mamuts helados encontrados. Hay que hacer notar que, para tallar el marfil, sólo pueden emplearse los colmillos de animales recientemente muertos o congelados; los colmillos expuestos al aire se resecan y resultan inutilizables. En las regiones septentrionales de América y Asia han sido descubiertos decenas de millares de mamuts. Y, como únicamente se utilizaba para el comercio marfil de mamuts de la mejor calidad, es evidente que todos los animales tuvieron que hallar una muerte súbita.

Según las estimaciones del profesor Frank C. Hibben, sólo en América del Norte cuarenta millones de animales perecieron al final de la Era glacial. «Era una muerte catastrófica que no perdonó a nadie», escribe (7).

Las pruebas con el carbono 14 nos revelan que los restos humanos desaparecieron súbitamente del continente americano hace unos 10.400 años. ¿Fue el legendario Diluvio lo que borró a los seres humanos de la superficie de América del Norte?

Si se admite esta hipótesis, las cifras de la población mundial adquieren una significación particular. Hace dos mil años, no había más que diez millones de habitantes en las dos Américas. En la misma época, vivían en África 26 millones, en Europa 30, y 133 en Asia. Estas cifras indican que la cuenca atlántica —comprendiendo América, Europa y África— no tenía más que la mitad de la población de Asia. El alejamiento del lugar en que se produjo un desastre geológico podría explicar el elevado número de habitantes de Asia en los tiempos antiguos.

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

